

Simón Sampedro y su 'Cecina de poni'

Simón Sampedro denomina a su obra “Desconcertante drama cómico sobre el desconcierto” y a fe que es verdad. Es más, hasta bien entrada la acción dramática tenemos la sensación de que estamos ante un puzzle, que las piezas se nos escapan, y nos sentimos abrumados por un cierto caos y lo excesivo, al menos en las primeras páginas, de la carga abstracta con que se están exponiendo los motivos de los personajes. Incluso, nos preguntamos en ocasiones si esa “comicidad” con que califica el autor su obra no es un juego de ironías en el cual hasta él mismo quiere sentirse incorporado. Comicidad, sí, pero rayando el absurdo y el esperpento, quizás precisamente por esa ironía que mencionamos y que es uno de los componentes fundamentales de lo esperpéntico. Casi diríamos, y que el lector nos acompañe adecuadamente en la afirmación, que en este texto hay una buena dosis de agonía unamuniana (lo veremos) al lado de ese recuerdo que mantenemos hacia Valle-Inclán.

Todo, hasta las páginas finales de la obra, es complejo y muy particular en Cecina de poni. Desde el propio título hasta el espacio donde tiene lugar el conflicto, un hotel “peculiar..., exótico”, y que sólo al final entendemos porqué el escritor dice que es “reflejo lúgubre de un humilde optimismo”. Y no digamos nada si hablamos de complejidades, de los abundantes juegos semánticos y lingüísticos, pues ya, al ofrecernos los nombres de los personajes, Sampedro nos está retando a adivinar que hay detrás de sus propias nominacio-

nes: Letantoer será, organicemos las letras, Tolerante; Filimón está claro que va a tener mucho de Sancho Panza, de la materialización del universo dramático de la obra (y de la culpa, como veremos); plena ironía, cuando no, por lo evidente, patente burla, será llamar León al tercero en discordia, y pista segura desde el comienzo para el lector es el nombre de la protagonista femenina, Estocastia, con toda la complejidad que lleva consigo este término y aplicado a muy diferentes campos del saber.

He conversado varias veces con Simón Sampedro y siempre me dice que desde el momento en que escribió este texto se ha librado de malos sueños, sobre todo de una historia que le perseguía muchas noches y que figura en la obra. Me lo ha contado envuelto en un mundo donde la conciencia y el subconsciente, la realidad y el sueño, lo material y lo onírico, se enredan para producir un universo bañado de desasosiego, desconcierto, dolor, teñido todo a veces de cierta sorna, producto de ese peculiar humor que late en tantas ocasiones en el desarrollo de esta tragicomedia. Y, efectivamente, esto que relata Sampedro se encuentra en la base de los diálogos de la obra para, final y felizmente, conseguir salir del cuerpo y desde la nueva situación contemplar el sueño, el universo de la ficción, una ficción perturbadora donde ha sido protagonista la pesadilla y en ella el desgarró y la impotencia.

Es cierto que todo eso, por supuesto, conforma la raíz fundamental de Cecina de poni. Pero, indudablemente, hay más, hay sobre todo una conciencia de culpa que es, para mí, la entraña de ese sueño y que marca la importancia del texto. No tengo tiempo para desarrollar como se merece esta afirmación, pero, entre las no pocas citas de autores y obras que hay en Cecina de poni (unas entrecuilladas, otras más o menos exactas textualmente), hay una que es clave para comprender el universo creado por el autor: se trata de la afirmación de Letantoer "Y aunque tiene ansia de ti, tu puedes dominarlo", frase que nos remite (y en el contexto es un acierto la referencia) a la culpa, al pecado, a través de la historia de Caín y Abel según podemos leer en el Génesis. En último término, y como comprobaremos al final de la obra, la redención vendrá precisamente por dominar la culpa, por estar sobre ella (como decíamos, salir del sueño) logrando con la redención la libertad. Como puede apreciarse, volvemos a Unamuno. Y a él tendríamos que referirnos aún más si nos detuviéramos en otro elemento que está muy presente también en Cecina de poni: la otredad, ese desdoblamiento que ha creado para algunos de sus personajes el escritor y que, unido a los elementos que ya hemos mencionado, conforman el desarrollo estructural y significativo del texto. Hasta el espejo lo tendremos en el escenario en los últimos momentos de la obra y el espejo jugará su papel en este mundo de la otredad, como de otros elementos no

verbales se servirá el autor para expresar su peculiar concepción del universo dramático que quiere ofrecernos.

Y para que sirva, aunque a posteriori, de cierto consuelo a Simón Sampedro, le diré que ese sueño enmarcado en su subconsciente, como mínimo perturbador, también lo hemos “disfrutado”, incluso con terror, otras víctimas. Y por partida doble en mi caso. El primero tenía como heraldo a un oficial del Ejército, el cual llegaba a mi casa y me daba diez minutos para recoger un mínimo hato, pues tenía que llevarme al cuartel para cumplir unos meses más de servicio militar, ya que se habían equivocado al darme la licencia. En el segundo, el funcionario era civil y me traía un requerimiento para que devolviera el dinero que había ganado con mi salario desde que, teóricamente, había acabado la carrera, ya que, efectivamente, se me había dado la certificación de mi título universitario, pero había habido un error y me faltaba por aprobar una asignatura. “¡Es usted culpable, culpable!”, me gritaban...

Luciano García Lorenzo